

EN MAYO...

TEMPLARIOS



2009

En el año 1118 nueve caballeros deciden consagrar sus vidas a proteger a los peregrinos que hacían el camino de Jaffa a Jerusalén. Éste fue el origen de la **Orden del Temple**, una gran organización que se extendió por toda la Cristiandad. Concebida como una orden de monjes-guerreros, los Caballeros Templarios sostuvieron gran parte del esfuerzo militar de occidente en Tierra Santa. La eficacia de sus empresas tanto militares como económicas hicieron que papas, reyes y grandes señores les confiaran sus riquezas convirtiéndola en **la orden más poderosa e influyente de la Edad Media**.



En **1312** **repentinamente**, los caballeros templarios son **condenados a la hoguera** y la orden **suprimida** por el Papa tras un sonado proceso en el que se les acusó de renegar de Cristo, profanar la cruz, adorar a un ídolo y practicar la sodomía. El misterio y la tragedia que envolvieron los días finales de Temple dejaron una profunda huella en la memoria colectiva que ha llegado hasta nuestros días a través de multitud de leyendas y enigmas. La Biblioteca Pública Fermín Caballero, le ofrece en este dossier informativo una visión histórica de los Templarios, recursos informativos sobre el entorno social y económico en el que surgió y desapareció la orden así como, una selección de la gran producción literaria que este tema suscita.



INDICE

Las cruzadas	Pag. 3
La Regla del Temple	Pag. 10
Los símbolos del Templarios	Pag. 14
Organización y estructura de los templarios	Pag. 17
Estructura financiera	Pag. 20
El fin de los templarios	Pag. 23
La orden del Temple en Cuenca	Pag. 25
Cronología	Pag. 26
Las principales cruzadas	Pag. 28
Selección bibliográfica.....	Pag. 31



LAS CRUZADAS

En general, se denomina como Cruzadas a la serie de campañas, comúnmente militares, que a partir del siglo XI se emprendieron desde el Occidente cristiano contra los musulmanes para la recuperación de Tierra Santa. Estas campañas se extendieron hasta el siglo XIII y se caracterizaban por la bendición que les concedió la Iglesia, otorgando a los particulares indulgencias espirituales y privilegios temporales a los combatientes. El origen de la palabra se remonta a la cruz hecha de tela y usada como insignia en la ropa exterior de los que tomaron parte en esas iniciativas.



Fig. 1. Icono restaurado de Basilio II del siglo XI donde se le representa coronado por ángeles enviados por Dios y adorado por sus súbditos.

además de un ejército capaz y profesional, hacían de la ciudad y los territorios gobernados por ésta (el Imperio Bizantino) una nación sin par en todo el orbe. Gracias a las acciones emprendidas por el Emperador Basilio II Bulgaroktonos (Fig. 1), los enemigos más cercanos a sus fronteras habían sido humillados y absorbidos en su totalidad.

Sin embargo, tras la muerte de Basilio, monarcas menos competentes ocuparon el trono bizantino, al tiempo que en el horizonte surgía una nueva amenaza proveniente de Asia Central. Eran los turcos, tribus nómadas que, en el transcurso de esos años, se habían convertido al Islam. Una de esas tribus, los turcos selyúcidas (llamadas así por su mítico líder

Para poder comprender qué razones tenía la historia de Europa y del Oriente Próximo para tomar semejantes rumbos, debemos remontarnos a los años inmediatamente anteriores al comienzo del fenómeno cruzado y ver qué estaba sucediendo en el mundo de aquel entonces.

En torno al año 1000, Constantinopla se erigía como la ciudad más próspera y poderosa del mundo conocido. Situada en una posición fácilmente defendible, en medio de las principales rutas comerciales, y con un gobierno centralizado y absoluto en la persona del Emperador,

Selyuk), se lanzó contra el "infiel" Imperio de Constantinopla. En la batalla de Manzikert, en el año 1071, el grueso del ejército imperial fue arrasado por las tropas turcas, y uno de los co-Emperadores fue capturado. A raíz de esta debacle, los Bizantinos debieron ceder la mayor parte de Asia Menor (hoy el núcleo de la nación turca) a los selyúcidas. Ahora había fuerzas musulmanas apostadas a escasos kilómetros de la misma Constantinopla.

Por otra parte, los turcos también habían avanzado en dirección sur, hacia Siria y Palestina. Una a una las ciudades del Mediterráneo Oriental cayeron en sus manos, y en 1070, entraron en la Ciudad Santa, Jerusalén.

Estos dos hechos conmocionaron tanto a Europa Occidental como a la Oriental. Ambos empezaron a temer que los turcos fueran a engullir lentamente al mundo cristiano, haciendo desaparecer su religión. Además, empezaron a llegar numerosos rumores acerca de torturas y otros horrores cometidos contra peregrinos en Jerusalén por las autoridades turcas. La paciencia iba a agotarse en algún momento.

En 1081, subió al trono Bizantino un general capaz, Alejo Comneno (fig. 2), que decidió hacer frente de manera enérgica al expansionismo turco. Pero pronto se dio cuenta de que no podría hacer el trabajo solo, por lo que inició acercamientos con Occidente. Alejo envió emisarios a hablar directamente con el papa Urbano II, para pedirle su intercesión en el reclutamiento de los mercenarios.



Fig. 2. Mosaico bizantino de Alejo Comneno. Santa Sofía. (Estambul)

Rescatar Tierra Santa de los infieles y restablecer la seguridad en las rutas de peregrinación fue solamente una excusa. Las causas verdaderas de las cruzadas son sociales, políticas y económicas. El factor religioso fue simplemente un pretexto para arrastrar a la guerra santa a una muchedumbre de personas de toda condición social que se sintió fascinada por la empresa de ganar para la fe de Cristo los Santos Lugares. Europa se había convertido en un campo de batalla incesante, con conflictos y guerras infinitas. La intención era unir a las facciones feudales contra el enemigo común para así mitigar el riesgo de nuevas



guerras y reorganizar los recursos y las energías exclusivamente contra los musulmanes. Llevar la guerra a los infieles era una contienda digna de llevarse a cabo. Así lo proclamó el propio Papa Urbano II en una indulgencia plenaria, la primera de este tipo, en favor de todos aquellos que combatieran al pagano. Para el hombre medieval, muy temeroso de las llamas del infierno y el purgatorio, esta indulgencia fue un motivo muy poderoso para unirse a la Cruzada.



Fig. 3. Papa Urbano II, promotor de la primera cruzada gobernantes. El pueblo acogió el proyecto con fanático entusiasmo. Al grito de *Deus volt, Deus volt* (Dios lo quiere, Dios lo quiere), una muchedumbre de toda condición se dispuso alegremente a participar en la aventura. Los peregrinos cosían sobre el hombro derecho de sus mantos o túnicas el distintivo de una cruz de trapo rojo.

La respuesta a la exhortación del pontífice fue más allá de todo cuanto podía esperarse; príncipes, nobles, caballeros, pueblo llano acudían a tomar la cruz para marchar a Jerusalén. Los cruzados debían estar preparados para salir de sus respectivos países el día de la asunción del año 1096 y partir hacia Constantinopla, donde debían concentrarse todos. El papa puso al mando de la expedición al obispo de Puy, Ademar de Monteil.

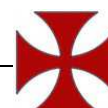




Fig. 4. Mapa de Europa que ilustra las distintas cruzadas.

Entre el pueblo llano, la respuesta fue rápida y pronto comenzaron a reunirse bajo la dirección de Pedro el Ermitaño, que sin esperar al 15 de Agosto se puso en marcha hacia Oriente en abril de 1096. Esta expedición popular, en la que no faltaban mujeres y hasta niños, además de resultar militarmente inútil, constituía un enorme estorbo; después de cruzar por Belgrado, Sofía y Constantinopla, atravesaron el Bósforo para acabar aniquilados el 21 de octubre siguiente en la matanza de Civetot, cerca de Nicea. Una muchedumbre sin disciplina, entrenamiento ni equipamiento adecuado no podía tener otro fin.

Mucho más organizada fue la llamada Cruzada de los príncipes (denominada habitualmente en la historiografía como la Primera Cruzada), formada por una serie de contingentes armados procedentes principalmente de Francia, Países Bajos y el reino normando de Sicilia. Estos grupos iban dirigidos por segundones de la nobleza, como Godofredo de Bouillón, Raimundo de Tolosa y Bohemundo de Tarento, que se pusieron en camino en agosto de 1096, y en otoño e invierno de este año y primeros meses de 1097 fueron llegando a Constantinopla. Reunida ya la totalidad de la hueste, el 6 de mayo llegaban ante las murallas de Nicea que, asediada enérgicamente, se rendía el 19 de junio. Desde Nicea, los cruzados se adentraron en Asia Menor. El 20 de octubre de llegaron a Antioquia cuyo asedio duró hasta junio de 1098.

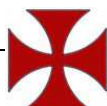




Fig. 5. Batalla a las puertas de la ciudad de Jerusalén

Todavía esperaba a los cruzados un año completo antes de que, vencidas todas las resistencias y pasando por Beirut, Sidón y Cesarea, lograsen alcanzar por fin los muros de Jerusalén, que fue conquistada el 15 de julio de 1099. La cruzada había alcanzado su objetivo. Jerusalén había sido reintegrada a la

Cristiandad; el camino a los peregrinos había quedado abierto, aunque el precio pagado había sido altísimo en vidas. Ahora urgía fijar la forma de gobierno en la Ciudad Santa y del territorio que iba a depender de la misma y la designación de un rey.

Cuatro eran los príncipes cruzados que podían aspirar a esa dignidad: Raimundo de Tolosa, Godofredo de Lorena, Roberto de Flandes y Roberto de Normandía. Godofredo fue el elegido cambiando el título de rey por el de *Advocatus Sancti Sepulchri* (“Defensor del Santo Sepulcro”). Había nacido el reino de Jerusalén.

Fundación de la Orden del Temple

Tras la primera Cruzada, nueve caballeros franceses decidieron fundar una Orden, entre cuyas intenciones, y a diferencia de lo que sucedía con los cruzados, no estaba la de combatir sistemáticamente a



Fig. 6. Caballeros de las distintas órdenes que durante las cruzadas, poblaban tierra santa.



Fig. 7. Ilustración que recrea el mítico Templo de Salomón.

los musulmanes. Tampoco asistían a pobres y a enfermos, como sucediera con los Caballeros de San Juan (más tarde, Caballeros de Malta) o con los Hospitalarios, creados en 1120, ni tampoco quedaban circunscritos a un ámbito territorial de actuación –tal es el caso más tardío de los Caballeros Teutónicos, fundados hacia 1198 en los territorios del Báltico– sino la de defender a los cristianos que peregrinaban a los Santos Lugares.

En el año de 1118, Hugues de Payns, Geoffroy de Saint-Omer y otros siete caballeros forman la Orden de los "Pobres Caballeros de Cristo". Deciden entonces ponerse al servicio de Dios y del Rey de Jerusalén, y de someterse a la regla monástica de San Agustín, haciendo votos de castidad y de pobreza.

La vocación de estos caballeros está bien marcada desde el principio: asegurar el servicio y la protección de los peregrinos entre el lugar del desembarque y la llegada a Jerusalén. Inmediatamente, el Papa Balduino II aprecia sus servicios y les ofrece en 1119, parte de su palacio situado justo en el emplazamiento del Templo de Salomón, (fig. 8) de ahí que, más tarde, se les apodara los "Templarios".



Fig. 8. Balduino II de Jerusalén cede el Templo de Salomón a Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer. "Histoire d'Outre-Mer" Guillaume de Tyr, Siglo XII.



Desde entonces son considerados como una orden de monjes combatientes protectores de los cristianos en Tierra Santa. Auténtico ejército regular, la Orden del Templo se ve exenta de impuestos y tasas por parte de soberanos temporales o del clero secular, no rindiendo cuentas a nadie de sus actuaciones excepto al Papa.

*“Non nobis, Domine, non nobis, Domine, non nobis,
sed nomine tuo da gloriam “*

Nada para nosotros, Señor, nada para
nosotros, sino para la gloria de tu nombre.

Este histórico lema de los templarios impuesto a la Orden por su primer padre espiritual, San Bernardo de Claraval, resume en unas pocas palabras el ideal y el propósito de su existencia.

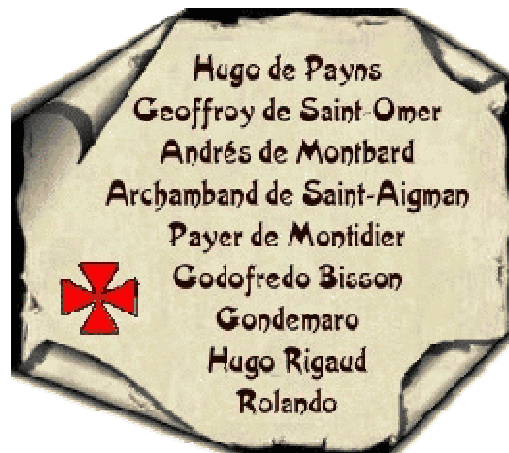
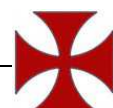


Fig. 9. Los nueve caballeros fundadores de la orden



LA REGLA DEL TEMPLE

Para constituir una orden, era necesario obtener la conformidad de una autoridad eclesiástica. La autoridad que dio la primera aprobación a la naciente orden planeada por Hugo de Payns fue el patriarca de Jerusalén, Gormundo de Piquigny. En ese ambiente de estrecha dependencia de la nueva orden del patriarca de Jerusalén, y como fruto de la experiencia de esos primeros años pasados en Tierra Santa, se fue forjando el nuevo género de vida que trataba de aunar a un mismo tiempo las obligaciones del monje con las necesidades de un soldado. Como resultado de esa experiencia surgieron unos primeros usos o costumbres que no constan que fueran redactados o puestos por escrito.



Fig. 10. **San Bernardo de Claraval** (en francés: *Bernard de Clairvaux*) (Borgoña, 1090 - Monasterio de Claraval; 1153), monje cisterciense francés y abad del monasterio de Claraval.

El Concilio de Troyes, bajo el influjo de San Bernardo (fig. 10), aprobó la gran innovación que la Regla del Temple introducía en la Iglesia, la figura del monje soldado. También y dada la especificidad de la orden, se adaptan las obligaciones y los de rezos a su género de vida, sustituyendo aquellos rezos que no puedan realizarse en comunidad. En general, el concilio acentúa, si cabe, el carácter religioso de la orden; en esta tendencia de reafirmar la parte monástica del caballero templario puede verse el fuerte influjo de san Bernardo, que proyecta las normas del Císter sobre la nueva milicia.

Ya en Palestina, Hugo de Payns presentará la regla, como había ordenado el concilio de Troyes, al patriarca de Jerusalén, el cual cumplirá las órdenes dictadas por el Concilio. En estas reformas del patriarca se incluye la reserva del manto blanco para los caballeros, mientras que los sargentos debían vestir con manto negro o pardo; se admite la presencia de clérigos dentro del Temple, pero con carácter temporal; con el mismo carácter temporal se admite también la presencia de caballeros, para que en las filas del Temple pudieran cumplir con sus votos de consagrarse por un tiempo determinado a la defensa de los peregrinos. El



texto reformado por el patriarca es el primer texto escrito que ha llegado hasta nosotros de la Regla del Temple; está escrito en latín y consta de 72 artículos.

Entre los años 1128 y 1139, la orden se extiende por todas las naciones de la Europa cristiana; esta extensión del Temple tendrá como consecuencia que se sienta la incomodidad e inadecuación de la dependencia del patriarca de Jerusalén y se busque la del pontífice de Roma.

Será el segundo gran maestro, Roberto de Craon, el que obtenga del papa Inocencio II (1130-1143) la bula *Omne Batum optimum*, que vino a confirmar el modo de vida del Temple y todos los privilegios de que gozaban.

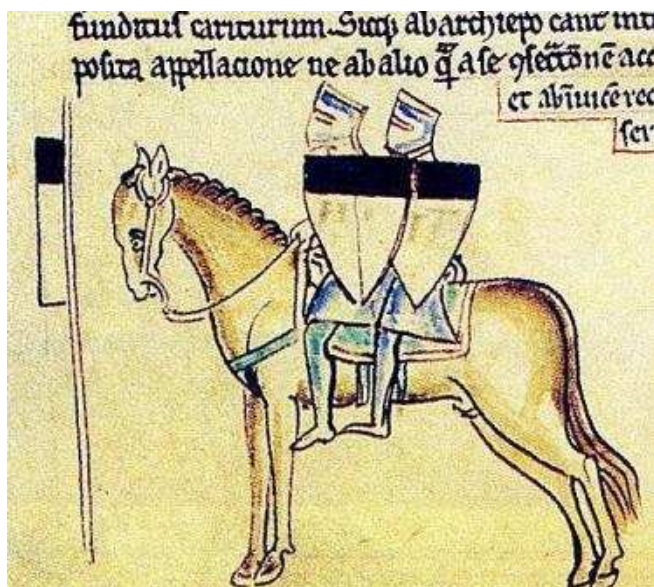


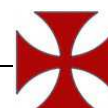
Fig. 11. Dos caballeros templarios montando el mismo caballo. Símbolo de unión y entrega. *Chronica Majora* (1215)

Una vez obtenida la célebre bula como orden pontificia que incorporaba los principios contenidos en el escrito papal, y como fruto de una experiencia más prolongada, se redacta la llamada regla “francesa”, por ser ésta la lengua utilizada en ella, en 68 artículos; en esta regla se da cabida a una organización de la orden más desarrollada, como es la existencia de provincias, a cuyo frente se coloca a un comendador o preceptor.

La regla francesa será la definitiva de la orden y no sufrirá ya ningún cambio, aunque sí será completada varias veces, añadiendo artículos detallando y ampliando la organización jerárquica de la orden, modificando los requisitos para la admisión, y otros referidos a la vida conceptual. Al final, el conjunto de la regla, con los estatutos y consideraciones formaron un grueso volumen de 678 artículos.

El templario como monje

Ya la regla latina, en su artículo primero, establecía como obligación fundamental de los templarios la participación todos los días del año en el rezo de todas las horas del oficio





divino. Estos rezos debían servir al caballero templario para fortalecer su ánimo y cumplir su misión, la lucha contra el Islam.

La asistencia o participación en el rezo en común de oficio no siempre se podía compaginar con las necesidades militares o con otras obligaciones ineludibles, como viajes u ocupaciones; en estos casos, la regla prevé la sustitución de las horas del oficio por un número determinado de padrenuestros:

“...si algún Hermano estuviere distante u ocupado en algún negocio de la Cristiandad Oriental (lo que sucederá muchas veces) y por tal ausencia no oyere el Oficio Divino, por los maitines dirá trece Padrenuestros y oraciones dominicales, y por las horas menores siete, y por las vísperas nueve... y si pudieren que lo hagan a las horas señaladas”

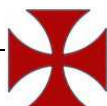
La vida común que deben vivir todos los caballeros también aparece reiteradamente en muchos de los preceptos de la regla, que prescriben la comida en el refectorio de la comunidad en silencio mientras se escucha la lectura de la santa lección. Por descontado los alimentos deben ser, salvo en el caso de los enfermos, iguales para todos;

“que a todos los Hermanos se les dé igualmente el sustento según la calidad del lugar: no conviene la acepción de personas, pero es necesaria la consideración.”

La profesión religiosa de los templarios incluía la emisión de los tres votos fundamentales de toda vida consagrada a la religión: pobreza, castidad y obediencia. En este sentido, otro precepto de la regla templaria, orientado igualmente a una mejor observancia del voto de castidad, es aquel que ordena:

“Que se eviten los ósculos (besos) de las mujeres: Creemos que es peligroso a todo religioso reparar con nimiedad los semblantes de las mujeres, y por lo mismo no se atreva Hermano alguno a besar ni a viuda, ni a doncella, ni a su madre, ni a su hermana, ni a su tía, ni a otra mujer alguna. Evite por esto mismo semejantes besos la Milicia de Cristo, por lo que suelen frecuentemente peligrar los hombres.”

Finalmente, el voto de obediencia es recogido con toda claridad en la regla, debiendo guardar todos los hermanos fidelidad al Maestre.





Éstos son los principales rasgos monásticos que la Regla del Temple exige a todos los caballeros que han profesado o quieran profesar la orden y que hacían de ellos verdaderos y auténticos monjes.

Incorporación a la Orden

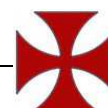
Para la recepción de los caballeros se observaban formalidades particulares. El cap. LVIII de la regla prevenía que cuando algún caballero, queriendo huir o renunciar el mundo, deseara entrar en la milicia del Temple, no fuese admitido en seguida, sino que, siguiendo el consejo de San Pablo, se probase antes si el espíritu era de Dios. Justificado éste, se accedía en cierta manera a su petición y se le leía la regla, y entonces era cuando el maestre y los demás hermanos determinaban si habían de recibirle o no en la Orden. Admitido ya, y cumplido el término de las demás pruebas preparatorias, se señalaba día para su solemne recepción. Para ésta se reunía todo el capítulo, y la ceremonia solía celebrarse durante la noche en una iglesia de la Orden.

El aspirante, sin capa y sin espada y con la sola túnica, esperaba a la parte de afuera con su padrino; y el gran maestre o gran prior que presidía el capítulo diputaba por tres veces consecutivas dos caballeros templarios profesos a preguntar al postulante de parte del gran maestre; en la primera quién era y qué se le ofrecía, y en las otras dos si era verdad que quería ser admitido en la milicia del Temple.



Fig. 12. Para vestir la capa templaria, era necesario que los caballeros pasaran un período de preparación.

Después de sus tres respuestas afirmativas, era introducido con ciertas ceremonias en la iglesia. Arrodillado entonces en medio del respetable capítulo y a los pies del gran maestre pedía por tres veces "el pan y el agua y la sociedad de la Orden". El jefe le decía en seguida: "Caballero, vais a contraer grandes obligaciones; tendréis que sufrir muchos y dilatados trabajos, y habréis de exponeros a peligros eminentes. Será preciso velar cuando quisierais dormir; soportar la fatiga cuando desearíais descansar; sufrir la sed y el hambre en ocasiones que ansiaríais comer y beber; pasar a un país cuando os placiera quedar en otro".





Después de esta corta alocución el mismo superior le hacía estas preguntas: "¿Sois caballero? ¿estáis sano de cuerpo? ¿habéis contraído esponsales? ¿sois casado? ¿habéis pertenecido ya a otra orden? ¿tenéis acaso deudas que no podáis satisfacer por vos mismo o por medio de vuestros amigos?" Cuando el aspirante había respondido de una manera satisfactoria, pronunciaba los tres votos de pobreza, castidad y obediencia en manos del gran maestro, consagrándose al mismo tiempo a la defensa de la tierra santa. Recibía en seguida el manto de la Orden con la cruz y la espada, y los caballeros que habían asistido a la ceremonia le daban el abrazo o acolade y el ósculo de fraternidad, con cuyas ceremonias quedaba recibido templario.

El cap. LXII de su misma regla prohibía recibir en ella muchachos pequeños hasta que estuvieran en edad de poder echar varonilmente a los enemigos de Cristo de la tierra santa, y a fin de evitar que después, siendo ya hombres hechos, faltasen a lo que sin la reflexión suficiente prometieron.

La fórmula particular de la profesión de los caballeros era la siguiente, según se cree lo dejó prevenido San Bernardo y se hallaba manuscrita en la abadía de Claraval:

"Yo N. caballero de la orden del Templo prometo a N. S. Jesucristo y a su romano Pontífice N. y sucesores que legítimamente entraren, perpetua obediencia y fidelidad para siempre. Y a más prometo sujeción, castidad y obediencia a Vos el R. N. maestro de la orden del Templo y sucesores, según los estatutos de los monjes del Cister, delante de Dios y de sus Santos, cuyas reliquias se conservan en este lugar que se llama N. de la Orden de los templarios. Así Dios me ayude y estos Santos Evangelios".



SÍMBOLOS TEMPLARIOS



Fig. 13. Uniformes de los caballeros templarios.

La orden del Temple ha utilizado numerosos símbolos. Tanto si se trataba de símbolos gráficos como si eran, simplemente, prácticas en el seno de la orden, unos y otros transmitían mensajes. Mal entendidos o, por el contrario, demasiado bien entendidos, fue fácil utilizar tales argumentos para su condena.

El hábito de los caballeros templarios era una túnica de lana blanca semejante a la de los antiguos cistercienses, según se ve por el cap. XX y siguientes de la regla; y más adelante en el año 1146 el Papa Eugenio III aprobó que llevaran una cruz de paño rojo sobre sus capas

blancas y también en sus estandartes.

La cruz paté (fig. 14)

Probablemente sea éste el símbolo templario más conocido. Según se dice, fue impuesto por San Bernardo. La cruz paté abre sus extremos a los cuatro puntos cardinales. Evoca a los cuatro evangelistas y a los cuatro elementos: aire, tierra, fuego y agua.

El color rojo simboliza, la sangre, vehículo del alma en muchas religiones. La cruz paté contiene ocho puntas, y aquí encontramos uno de los números claves de los templarios.

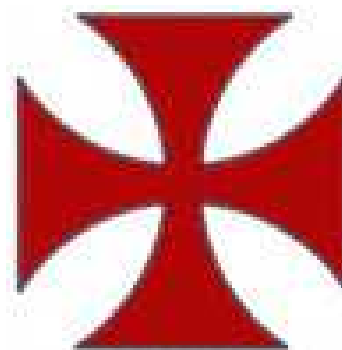


Fig. 14. Cruz paté, símbolo de la orden del temple.

El Bausán o “bella enseña”



Fig. 15. Caballero del Temple y estandarte templario.

El estandarte de los templarios era una especie de pendón cuadrilongo dividido de arriba a bajo en dos colores blanco y negro, al que dieron varios nombres. Los más comunes fueron los de balza, baucan, beuceant o bien parecida. El color blanco suponía que querían indicar la caridad y blandura con que habían de portarse con los cristianos, y el negro el furor y rabia con que tenían que pelear contra los infieles y enemigos de la cruz. En medio de su estandarte, había según algunos autores, una cruz igual a la que llevaban en sus capas; y también añaden otros, que se leían en él las palabras del Salmo CXIII: Non nobis Domine, non nobis, sed nómmini tuo da gloriam.

El Bausán, es el punto de referencia del caballero durante los combates.

El sello de la orden. (fig. 16)

Sello templario data de finales del S. XIII y representa dos caballeros (la díada) armados con lanza montan un mismo caballo en señal de pobreza y humildad. Se dice que el número dos cobraba gran importancia para ellos debido a que representaba la dualidad, el arriba y abajo. También se interpreta como la doble vocación de la orden, religiosa y militar.



Fig. 16. Sello templario. S. XIII



ORGANIZACIÓN Y ESTRUCTURA DE LOS TEMPLARIOS

El gran maestro y las dignidades mayores y menores

El capítulo general se reunía cada cinco años y cuando moría el gran maestro, momento en el cual ,eran convocados todos los dignatarios por el mariscal que elegían un gran comendador, este elegía a otro, estos a otros dos, así hasta doce: ocho caballeros y cuatro sargentos. Los doce elegían un sacerdote capellán, y el colegio de los trece nombraba un nuevo gran maestro. Cualquier decisión importante suponía convocar el Capitulo y su aprobación debía contar con el voto de la mayoría. Decisiones del Capitulo, eran: recepción de un nuevo Hermano, declaración de guerra, firma de armisticio, enajenación de bienes de la Orden,...

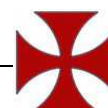
El gran maestro tenía carácter vitalicio, pero el capítulo estaba capacitado para deponerlo y elegir otro en su lugar. Al Maestro electo se le entregaban los símbolos del Bastón y el látigo. Las ordenes del Maestro, se consideraban como expresión de la voluntad de Dios. El Maestro, no podía disponer de los bienes de la Orden y solo le estaba permitido regalar: un caballo, un vaso de oro o plata, un manto de piel o una armadura. Estaba prohibido el regalo de lanzas y espadas. En campaña, el Maestro disponía de una tienda redonda sobre la que ondeaba la bandera Blanca y Negra con la Cruz Roja de la Orden del Temple.



Fig. 17. Caballero templario, con la cruz paté en la capa , la pechera y el escudo.

La segunda jerarquía de la orden era el senescal, que sustituía al gran maestro en ausencia y era su lugarteniente y el custodio del sello de la orden; a él correspondía la organización interna y el avituallamiento del convento de Jerusalén y de la hueste.

La tercera jerarquía era el mariscal, jefe militar que velaba por la disciplina interna de la hueste y el responsable del mantenimiento y adquisición del armamento y de los caballos.



Por debajo de ellos, encontramos al turcoplier, de gran importancia militar, pues mandaba a los hermanos sargentos y a los turcópolis, que eran reclutados entre los indígenas turcos. El siguiente oficial menor el submariscal, oficio ocupado por un hermano sargento, que era encargado del armamento y de los arneses.

Caballeros o Frates Milites. Los caballeros que hacían votos perpetuos, llevaban un manto blanco con una cruz roja.



Fig. 18. Caballero templario en combate contra Nur ed-Din. Detalle del fresco del muro norte de la antigua capilla de los templarios en Cressac Saint-Gilles (Charente), siglo XII.

El pañero mayor era el responsable de la vestimenta y de la ropa de cama, y de él dependían los sastres. Le tocaba vigilar que todos vistieran conforme a la regla y que llevaran los cabellos cortos. Otra de las dignidades menores era el gonfalonero, que desempeñaba el mando de los escuderos.

El comendador de la casa o del reino de Jerusalén, además de superior local, era el tesorero de toda la orden, que controlaba todo lo que se recaudaba, el receptor del botín, ordenaba todos los pagos y custodiaba todos los ingresos.



Finalmente el comendador de Jerusalén, a quien correspondía la protección de los peregrinos que se dirigían a bañarse y purificarse en el Jordán.

Estructura territorial: los maestros provinciales

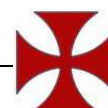
Iniciada la expansión de la Orden del Temple por el Occidente europeo, hubo necesidad de dividir ese amplio espacio territorial en provincias, al frente de cada provincia se colocó un maestro o preceptor nombrado por el capítulo general. Bajo la obediencia de este maestro provincial estaban los comendadores de las casas o encomiendas en que se dividía la provincia y los castellanos o poseedores de un castillo si no ostentaban al mismo tiempo el oficio de comendadores locales los cuales contaban con capilla, alojamientos, bodegas, sótanos, caballerizas y almacenes Y a las órdenes del comendador local estaban los administradores de los dominios rurales o casa sin categorías de encomienda, normalmente gobernadas por hermanos sargentos.



Fig. 20. Mapa de oriente próximo de 1135, que muestra la organización del territorio política en esa fecha.

En Oriente existían tres provincias templarias: la de Jerusalén, que era la sede central de la Orden y residencia del comendador de Jerusalén, que era el gran maestro. Las otras dos provincias orientales eran Trípoli y Antioquia.

En Occidente el número y distribución de las provincias no fue estable, sino que fue cambiando en función de la expansión y asentamiento de la Orden en cada una de las regiones: en los dominios franceses existían seis provincias; Flandes, constituía otra provincia; las islas Británicas formaban otra provincia, y sus dominios continentales otras dos Normandía y Aquitania junto a Poitou; la Provenza y la Corona de Aragón formaron inicialmente una sola, pero acabaron siendo dos distintas; Apulia, Lombardía, Sicilia,



Hungría y Alemania otras tantas más. Castilla, León y Portugal permanecieron unidas en una única provincia gobernada por el maestre de “algunas partes de España”.

ESTRUCTURA FINANCIERA

El Temple logró reunir una gran fortuna debido a sus conquistas en Tierra Santa y a las donaciones de reyes, príncipes y nobles que querían gozar del privilegio de ser sepultados como templarios. La Orden, que gozaba del privilegio de exención de impuestos y del diezmo, pudo convertirse en una auténtica potencia financiera, lo que la situaba como la organización más fiable ante la nobleza para la protección de sus bienes.

Los caballeros, por su parte, resultaron idóneos para transportar el dinero entre Oriente y Occidente gracias a su poderío militar terrestre y naval. Así, la monarquía francesa encomendó, durante muchos años, las labores de tesorería y contabilidad a los templarios.

La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, que inició su razón de ser bajo ideales marcados por la humildad y pobreza, se vio en poco tiempo convertida en una entidad que practicaba el servicio de banca, resultando ser los primeros banqueros de la historia cuando crearon lo que en

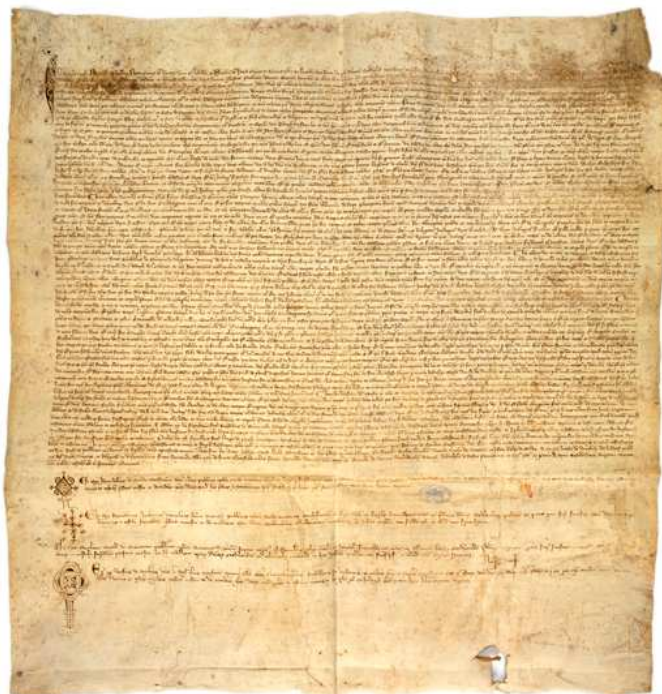


Fig. 21. Pergamino de Chinon. Absolución del papa Clemente V para los jefes de la orden templaria. Chinon, diócesis de Tours, 17-20 de agosto de 1308. Archivo Vaticano. El gran poder económico de la orden les granjeó la enemistad de personalidades poderosas, que indujeron su condena por herejía.

la actualidad son los cheques, pues utilizaban documentos que debían ser pagados al portador al ser presentados, en clave, en cualquier encomienda templaria del mundo.

La seguridad y eficacia que la Orden del temple representaba sumado a la honradez de sus miembros, hicieron de los templarios los banqueros más cualificados y de sus encomiendas y provincias las agencias más atractivas de esa red. En primer lugar, los templarios se convirtieron en los depositarios del dinero, oro, plata, joyas y otros bienes



muebles preciosos que sus dueños querían depositar en lugar seguro por alguna necesidad, como podía ser el tener que abandonar el lugar de residencia, aunque fuera temporalmente; éste sería el caso de muchos de los cruzados. Así, las casas del Temple pasaron a prestar los mismos servicios que hoy prestan las cajas de depósito o los bancos.

La segunda actividad financiera del Temple, derivada de la primera, esto es, de la existencia en custodia de grandes sumas de dinero, sería el préstamo o adelantamiento de numerario a aquellos que lo necesitaban, a cambio de garantías hipotecarias o reales, que podían pasar a poder del Temple en caso de que el préstamo no fuera devuelto. De este modo, los templarios financiaron en varias ocasiones a papas, reyes y caballeros en sus viajes o empresas, que luego demostraban su agradecimiento al Temple con regalos y donaciones.

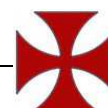
Parece que esta red financiera era dirigida desde la encomienda del Temple de París; tal era el crédito financiero de los templarios que el propio rey de Francia, Felipe Augusto (1180-1223), depositó en el Temple de París el tesoro del reino de Francia y cuando partió para la Tercera Cruzada confió las llaves de ese tesoro al comendador templario de la encomienda parisina.

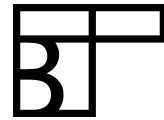


Fig. 22. La orden del Temple poseía una gran flota repartida entre los grandes puertos europeos.

Los cristianos de Oriente no sólo requerían de sus hermanos occidentales el envío de dinero; el numerario en metálico sería la mercancía más valiosa que navegaba por el Mediterráneo hacia los puertos de Palestina, pero tan necesarios o más eran los suministros de armas, caballos, víveres, hierro, madera y otras mercancías estratégicas. También aquí van a destacar los templarios en la planificación de estos transportes; para ello organizarán su propia flota, que se dedicaría también al transporte de

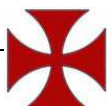
peregrinos, los cuales preferirían los barcos del Temple para navegar con absoluta seguridad. Desde finales de siglo XII, los templarios dispusieron ya de sus propios barcos, que partían de los puertos de Arles, Marsella, Toulon, Bari o Brindisi. Entre las mercancías que





transportaban se encuentra el arma más apreciada de las guerras medievales, el caballo. De este modo, los templarios se convirtieron en expertos marinos, contribuyendo con sus barcos a las operaciones militares que tuvieron lugar en las costas de Asia Menor y en Egipto en el siglo XIII, especialmente en la retirada de San Juan de Acre el año 1291, donde los últimos sobrevivientes pudieron salvarse gracias a los navíos del Temple.

Todo esto le dio a los templarios el inmenso poder que alcanzaron, pero fue también, paradójicamente, lo que más tarde los hundiría en la peor persecución protagonizada por un rey que supo aprovecharse de la debilidad de un Papa.





EL FIN DE LOS TEMPLARIOS

A finales del siglo XIII, los templarios están en el auge de su poder, con propiedades en Europa, Oriente Próximo y Oriente Medio. Tienen su propia red de caminos e incluso cuentan con la flota de navíos más importantes del mundo, cuyo principal puerto es La Rochelle. Todo este poder les generó muchos enemigos, no sólo entre los infieles, sino también en los reinos cristianos.

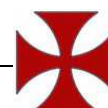
Uno de estos reinos era Francia, cuyo rey, Felipe IV el Hermoso (fig. 21), **ante las deudas que su país había adquirido,** (entre otras cosas, por el préstamo que su abuelo Luis IX solicitó para pagar su rescate tras ser capturado en la Séptima Cruzada y por créditos que el propio rey solicitó a los templarios para pagar sus guerras en Flandes), **y su deseo de un Estado fuerte, con el rey concentrando todo el poder** (que, entre otros obstáculos, debía superar el poder de la Iglesia y las diversas órdenes religiosas como los templarios), convenció (o más bien, intimidó) al Papa Clemente V, fuertemente ligado a Francia, para que iniciase un



Fig. 21. Felipe IV Rey de Francia y Navarra Conde de Champaña y Brie (Fontainebleau 5 de octubre de 1285 – 29 de noviembre de 1314)

proceso contra los templarios acusándolos de sacrilegio a la cruz, herejía, sodomía y adoración a ídolos paganos (se les acusó de escupir sobre la cruz, renegar de Cristo a través de la práctica de ritos heréticos, de adorar a Baphomet y de tener contacto homosexual, entre otras cosas). De esta forma mataba dos pájaros de un tiro: aumentaba el poder real e intentaba apoderarse de las riquezas de los templarios.

En esta labor contó con la inestimable ayuda de Guillermo de Nogaret, canciller del reino, del Inquisidor General de Francia, Guillermo Imberto, más conocido como Guillermo de París; y de Eguerrand de Marigny, quien al final se apoderará del tesoro de la Orden y lo administrará en nombre del Rey, hasta que sea transferido a la Orden de los Hospitalarios.



Para ello se sirvieron de las acusaciones de un tal Esquieu de Floyran, espía (otros autores hablan de él como un caballero templario expulsado de la orden que condenado por crímenes diversos decidió para salvar su vida acusar a los templarios) a las órdenes tanto de la Corona de Francia como de la Corona de Aragón

Parece ser que Esquieu le contó a Jaime II de Aragón que un prisionero templario, con quien había compartido una celda, le había confesado los pecados de la Orden. Jaime no le creyó y lo echó; así Esquieu fue a Francia y habló con Guillermo de Nogaret, quien informando al rey, no perdió la oportunidad de usarlo como pie para iniciar una serie de acusaciones que llevaron a la disolución de la Orden.



Fig. 22. Jacques de Molay, último maestre de la orden.

Felipe despachó correos a todos los lugares de su reino con órdenes estrictas de no ser abiertos hasta un día concreto, el anterior al viernes 13 de octubre de 1307, en lo que se podría decir que fue una operación conjunta simultánea en toda Francia. En esos pliegos se ordenaba la detención de todos los templarios y el requisamiento de sus bienes.

Jacques de Molay, último gran maestre de la orden, y ciento cuarenta templarios fueron encarcelados en París y seguidamente sometidos a torturas, método por el cual consiguieron que la mayoría de los acusados se declararan culpables de los cargos, inventados o no. Ciertamente es que algunos efectuaron similares confesiones sin el uso de la tortura, pero lo hicieron por miedo a ella; la amenaza había sido suficiente. Tal era el caso del mismo gran maestre, Jacques de Molay, quien luego admitió haber mentido para salvar la vida.

Llevada a cabo sin la autorización del Papa, quien tenía a las órdenes militares bajo su jurisdicción inmediata, esta investigación era radicalmente corrupta en cuanto a su finalidad y a sus procedimientos, pues los templarios habían de ser juzgados con respecto al Derecho Canónico y no por la justicia ordinaria. Esta descarada intervención del poder temporal en la esfera de personas que estaban aforadas y sometidas por ello a la jurisdicción papal, no sólo



provocó una enérgica protesta de Clemente V, sino que el Pontífice anuló el juicio íntegramente y suspendió los poderes de los obispos y sus inquisidores. No obstante, la acusación había sido admitida y permanecería como la base irrevocable de todos los procesos subsiguientes.

Felipe el Hermoso sacó ventaja del "desenmascaramiento", y se hizo otorgar por la Universidad de París el título de «campeón y defensor de la fe», y, en los Estados Generales convocados en Tours supo poner a la opinión pública en contra de los supuestos crímenes de los templarios. Más aún, logró que se confirmaran delante del Papa las confesiones de setenta y dos



Fig. 23. Quema de templarios en Francia

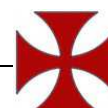
presuntos templarios acusados, quienes habían sido expresamente elegidos y entrenados de antemano. A la vista de esta "investigación" realizada en Poitiers (junio de 1308), el Papa, que hasta entonces había permanecido escéptico, finalmente se mostró interesado y abrió una nueva comisión, cuyo proceso él mismo dirigió. Reservó la causa de la Orden a la comisión papal, dejando el juicio de los individuos en manos de las comisiones diocesanas, a las que devolvió sus poderes.



Fig. 23. Ejecución en la hoguera de Jacques de Molay.

La comisión papal asignada al examen de la causa de la Orden había asumido sus deberes y reunió la documentación que habría de ser sometida al Papa y al Concilio General convocado para decidir sobre el destino final de la Orden. La culpabilidad de las personas aisladas, que se evaluaba según lo establecido, no entrañaba la culpabilidad de la orden.

Aunque la defensa de la Orden fue efectuada deficientemente, no se pudo probar que ésta, como cuerpo, profesara doctrina herética alguna o que una regla secreta, distinta de la regla oficial, fuese practicada. En consecuencia, en el Concilio General de Vienne, el 16 de



octubre de 1311, la mayoría fue favorable al mantenimiento de la Orden, pero el Papa, indeciso y hostigado por la corona de Francia principalmente, adoptó una solución salomónica: decretó la disolución, no la condenación, y no por sentencia penal, sino por un decreto apostólico (bula *Vox clamantis* del 22 de marzo de 1312).



Fig. 24. Retrato del papa Clemente V.

El Papa (fig. 24) reservó para su propio arbitrio la causa del Gran Maestre y de sus tres primeros dignatarios. Ellos habían confesado su culpabilidad y sólo quedaba reconciliarlos con la Iglesia una vez que hubiesen atestiguado su arrepentimiento con la solemnidad acostumbrada. Para darle más publicidad a esta solemnidad, delante de la catedral de Nôtre-Dame fue erigida una plataforma para la lectura de la sentencia, pero en el momento supremo, Molay recuperó su coraje y proclamó la inocencia de los templarios y la falsedad de sus propias supuestas confesiones. En reparación por este deplorable instante de debilidad, se declaró dispuesto al sacrificio de su vida y fue arrestado inmediatamente como herético

reincidente, junto a otros 3 altos dirigentes del temple (Godofredo de Charney, Hugo de Peraud y Godofredo de Goneville), siendo condenados a la hoguera ese mismo día, 18 de marzo de 1314 .

“Antes de morir Jacobo de Molay convocó al Rey y al Papa ante el tribunal de Dios para antes de que transcurriera un año, con las palabras "Dios conoce que se nos ha traído al umbral de la muerte con gran injusticia. No tardará en venir una inmensa calamidad para aquellos que nos han condenado sin respetar la auténtica justicia. Dios se encargará de tomar represalias por nuestra muerte. Yo pereceré con esta seguridad".

Casualidad o no, la verdad es que antes de un año, tal y como aseguró el maestre templario antes de morir, fallecieron tanto Felipe IV como Clemente V. El primero que falleció fue el Papa, a los 37 días. Ya estaba enfermo, pero una noche fue presa de "un dolor insufrible que le mordía el vientre". Sus galenos comunicaron que había muerto "a merced de unos horribles sufrimientos". El rey francés murió el 29 de noviembre, al



chocar con la rama de un árbol mientras montaba a caballo por el bosque de Fontainebleau. El golpe fue tan grave que el monarca pereció de una parálisis general, con gran padecimiento hasta el final.

LA ORDEN DEL TEMPLE EN CUENCA

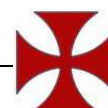
Martín Rizo y José María Cuadrado afirman tajantemente la participación del Temple en la conquista definitiva de la ciudad por Alfonso VIII (1177), añadiendo la fundación de una encomienda de la Orden en los mismos terrenos donde estuvo enclavado el



Fig. 25. Ruinas de la antigua iglesia de San Pantaleón.

campamento cristiano durante el asedio, un lugar que coincide con el que luego ocupó el templo de San Esteban, que posteriormente se convertiría en convento de franciscanos. En cualquier caso, el emplazamiento más seguro de la casa de templarios en la ciudad fue el lugar que hoy ocupan las ruinas de San Pantaleón o San Juan de Letrán, detrás de la catedral. Perdido en un solar del que ha desaparecido incluso las ruinas, persiste un capitel con un caballero alanceando un dragón, probable San Miguel. Entre San Pantaleón (fig. 25) y la catedral hubo un recinto llamado La Claustro, demolido cuando fue levantado el claustro

renacentista de dicha catedral. Si fue así, los templarios de San Pantaleón habrían estado asentados junto a la catedral y pudieron intervenir de algún modo en su construcción, reflejando en sus estructuras su marca tradicional a través de llamadas de atención a símbolos y elementos ideológicos de carácter esotérico que ha estudiado el arquitecto Rodrigo de Luz Lamarca.





CRONOLOGÍA DE LA ORDEN DEL TEMPLO

1096-1099 Primera Cruzada.

1118 Hugues de Payns y ocho caballeros se asocian con el objetivo de proteger a los peregrinos en Tierra Santa.

1120 La cofradía adopta el nombre de "Pobres Caballeros de Cristo".

1129 Fundación de la Orden del Temple el 14 de enero en el concilio de Troyes. Bernardo de Claraval redacta los "Elogios de la nueva caballería templaria".

1130 La Orden se convierte en el ejército regular del reino de Jerusalén.

1138 Primer hecho de armas en Tierra Santa: derrota en Teqoa frente a los turcos. Los templarios son exterminados.

1139 Omne datum optimum, bula del papa Inocencio II que dota a la Orden de numerosos y exclusivos privilegios.

1145 Nuevas bulas de Inocencio II, Milites templi y Militia Dei, entre estos nuevos privilegios se les permite construir castillos y oratorios propios.

1148 Euvard des Barres, Maestre de la Orden, y sus templarios salvan al rey Luis VII en el monte Kadmos.

1153 Eugenio III les entrega la cruz roja sobre el hábito distintivo de la capa blanca. Toma de Ascalón y muerte del Maestre Bernard de Trémelay y cuarenta de sus templarios.

1177 Ochenta templarios participan en la batalla de Montgisard, ganada a Saladino por Balduino IV, rey de Jerusalén.





1187 En la batalla de Hattin, ciento cuarenta templarios al mando de Gérard de Ridefort son hechos prisioneros y ejecutados por Saladino; Ridefort es perdonado.

1219 El 5 de noviembre, heroica participación de los templarios, al lado de los cruzados de Juan de Brienne, en la conquista de Damietta en el delta del Nilo.

1244 Desastre de la Forbie, el 17 de octubre, en el asedio de Gaza: de 348 templarios sólo escapan 36. Derrotas y conflictos en Tierra Santa, victorias sin precedentes en la Península Ibérica.

1250 El 8 de febrero, Guillaume de Sonnac, Maestre de la Orden, muere en la batalla de al-Mansura.

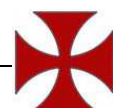
1254 Pérdida de la séptima cruzada a Tierra Santa. Gregorio X intenta fusionar las órdenes del Temple y el Hospital sin éxito.

1291 Caída de San Juan de Acre y pérdida definitiva de Tierra Santa, tras una última y desastrosa octava cruzada. Guillaume de Beaujeu muere en el asedio de Acre y la élite de la Orden es aniquilada.

1307 El 13 de octubre, detención de los templarios en toda Francia. El 24 de octubre es juzgado el Maestre Jacques de Molay.

1312 El 3 de abril, la bula Vox clamantis disuelve la Orden del Temple. Los bienes son transferidos a la Orden del Hospital. Concilio de Tarragona y absolución de los templarios catalano-aragoneses.

1314 Acaba el proceso inquisitorial contra la Orden, el 18 de marzo, con la quema en la hoguera de los Maestres Jacques de Molay y Geoffroy de Charnay.



LAS PRINCIPALES CRUZADAS

La historiografía tradicional contabiliza ocho cruzadas, aunque en realidad el número de expediciones fue mayor.

- Primera cruzada: decidida en el concilio de Clermont por el Papa Urbano II, dio como resultado la conquista de Jerusalén y la creación de un reino francés en Palestina (1095 - 1099).
- Segunda cruzada: se emprendió para auxiliar a los franceses de Palestina amenazados en Jerusalén. Dio como resultado el inútil asedio de Damasco (1147 -1149).

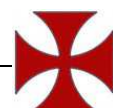


Fig. 26. Mapa que indica las rutas de las cruzadas y los órdenes de caballeros que desarrollaban su labor en Tierra Santa.

- Tercera cruzada: fue provocada por la toma de Jerusalén por el sultán egipcio Saladino (1189 -1192).



-
- Cuarta cruzada: fue organizada por los señores franceses y venecianos, dando como resultado la toma de Constantinopla, la destrucción del imperio griego y la creación de un imperio latino que duró casi medio siglo (1202 -1204).
 - Quinta cruzada: dirigida por el señor francés Juan de Brienne y el rey de Hungría. No dio ningún resultado (1218 -1221).
 - Sexta cruzada: tuvo la particularidad de que el jefe de la expedición estaba excomulgado, y en vez de atacar a los musulmanes negoció con ellos, obteniendo que los peregrinos pudiesen visitar Jerusalén (1228 -1229).
 - Séptima cruzada: tenía por objetivo Egipto, centro de un poderoso estado musulmán, pero los cruzados fueron sorprendidos por una crecida del Nilo, diezmados por una epidemia y atacados por los musulmanes, por lo que debieron rendirse (1248 -1251).
 - Octava cruzada: también llamada cruzada de Túnez, terminó con la muerte de Luis de Francia (más tarde San Luis), víctima de la peste (1270)





SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

- ALDERS, Hanny.** *El tesoro de los templarios.* Barcelona: Martínez Roca, 2005
- ASENSI, Matilde.** *Iacobus.* Barcelona: Plaza & Janés, 2000
- ATIENZA, Juan G.** *Los enclaves templarios: guía mágica de la Orden en España.* Barcelona: Martínez Roca, 2002
- ÁVILA GRANADOS, Jesús.** *La mitología templaria. Los conceptos esotéricos de la orden del Temple.* Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2003
- BARBER, Malcolm.** *Templarios la nueva caballería.* Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 2001
- BAIGENT, Michael.** *El enigma sagrado.* Madrid: Martínez Roca, 2004
- BORDONOVE, Georges.** *La vida cotidiana de los templarios en el siglo XIII.* Madrid: Temas de hoy, 1993
- BURMAN, Edward.** *El último templario.* Madrid: Martínez Roca, 2005
- CAÑAGUERAL, Alberto.** *Rutas por la España de los templarios.* Madrid: El País Aguilar, D.L. 2005
- CONNELL, Evan S.** *Una crónica de las cruzadas.* Barcelona: Planeta, 2000
- CORRAL LAFUENTE, José Luis.** *Breve historia de la Orden del Temple.* Barcelona: Edhasa, 2006
- DESGRIS, Alain.** *Misterios y revelaciones templarios.* Barcelona: Ediciones Carroggio, 2003
- DESGRIS, Alain.** *Guardianes de lo oculto: la Orden del Temple y la caballería masónica templaria.* Barcelona: Belacqua, 2002
- DUMAS, Alexandre.** *Los caballeros templarios.* Madrid: Unidad Editorial, D.L. 1998
- ESLAVA GALÁN, Juan.** *Los Templarios y otros enigmas medievales.* Barcelona: Editorial Planeta, 1992
- FLORI, Jean.** *Pedro el Ermitaño y el origen de las Cruzadas.* Barcelona: Edhasa, 2006
- FRATER IACOBUS.** *Rituales secretos de los templarios.* Barcelona: Ediciones Obelisco, 1991
- FUGUET, Joan y PLAZA, Carme.** *Los Templarios en la península Ibérica.* Barcelona: Circulo de Lectores, 2005





FUTTHARK, Run. *Los templarios: monjes y caballeros de la luz.* Barcelona: Editorial del Vecchi, 2001

Gran guía de la España Templaria. Madrid: Santillana, 2008

GARCIA GUIJARRO-RAMOS, Luis. *Papado, cruzadas y órdenes militares, siglos XI-XIII.* Madrid: Cátedra, 1995

GUILLOU, Jan. *El caballero templario.* Barcelona: Planeta, 2003

HOUGAN, Jim. *El último merovingio.* Barcelona: Planeta, 2005

KHOURY, Raymond. *La Orden del Temple.* Barcelona: Umbriel, 2006

LAMY, Michel. *La otra historia de los Templarios.* Barcelona: Martínez Roca, 2005

LUZ LAMARCA, Rodrigo de. *El misterio de la catedral de Cuenca. El grial, los Templarios y otros enigmas.* Cuenca: edita Rodrigo de Luz Lamarca, 1988

MASOT, Nuria. *La sombra del templario.* Barcelona: Círculo de Lectores, 2007

MARTÍNEZ DIEZ, Gonzalo. *Los Templarios en los reinos de España.* Barcelona: Editorial Planeta, 2001

MESTRE, Jesús. *Los Templarios. Alba y crepúsculo de los caballeros.* Barcelona: Ediciones Península, 1999

NONIDEZ, Manuel. *La cripta de los Templarios.* Madrid: Pearson educación, 2006

OLDENBOURG, Zoé. *Las cruzadas.* Barcelona: Edhasa, 2003

OURSEL, Raymond. *Peregrinos, hospitalarios y templarios.* Madrid: Encuentro, 1986

PERNOUD, Régine. *La mujer en el tiempo de las Cruzadas.* Madrid: Rialp, 1991

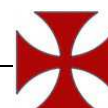
READ, Piers Paul. *Los Templarios.* Buenos Aires: Ediciones B, 2000

SANTOS, Marcelo dos. *Jacques de Molay: el último gran maestro templario.* Madrid: Aguilar, 2006

TYERMAN, Christopher. *Las guerras de Dios: una nueva historia de las cruzadas.* Barcelona: Crítica, 2007

WILCOX, Nicholas. *La lapida templaria.* Barcelona: Editorial Planeta, 2005

WILCOX, Nicholas. *Trilogía Templaria: I los falsos peregrinos. II las trompetas de Jericó III La sangre de Dios.* Barcelona: Editorial Planeta, 2005





AUDIOVISUALES

Epopeyas del hombre [Videograbación]. -- Barcelona: Planeta, D.L. 2002 DVD 3: Mundos perdidos: Los indios Pueblo; Los caballeros Templarios

Las cruzadas [Videograbación] / una película de Dominique Othenin-Girard. -- [Barcelona] : DeAPlaneta, [2006]

El reino de los cielos [Videograbación]= Kingdom of heaven / dirigida por Ridley Scott. -- [S.l.] : Twentieth Century Fox, 2005

Los templarios y el Grial: dos enigmas medievales / dirigido y presentado por F. Jiménez del Oso. -- Madrid: Suevia films, [2005]

Las Cruzadas [Recurso electrónico]. -- Madrid: Dolmen, D.L. 2004

1 CD-ROM: son., col.; 12 cm. (Grandes batallas de la historia; 4)

PAGINAS WEB

<http://sirauras.iespana.es/>

<http://www.vidasdefuego.com/templarios.htm>

<http://www.ordendeltemple.com/>

<http://www.templespana.org/>

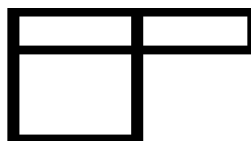
<http://www.los-templarios.com.ar/>

<http://www.moheweb.galeon.com/indextemplarios.html>





Junta de Comunidades de
Castilla-La Mancha



BIBLIOTECA
PÚBLICA DE CUENCA
BIBLIOTECA PÚBLICA DE CUENCA
Glorieta González Palencia,
16071 Cuenca
tel. 969 24 15 24
fax. 969231244
bp.cuenca@jccm.es

